

UNA METODOLOGÍA AUTONARRATIVA PARA EL TRABAJO SOCIAL Y EDUCATIVO¹

An autonarrative methodology for the social and educational work

Laura FORMENTI
Universidad Milano Bicocca

RESUMEN: La autobiografía o la narración de uno mismo es actualmente método de intervención, terapia, estrategia de *empowerment*, método de investigación. En este trabajo nos preguntamos sobre la manera en que la autobiografía modifica la perspectiva y la mirada. Existen muchas formas comunicativas que podemos considerar narraciones del yo, tanto en los formatos orales como en los escritos, o incluso en el dibujo, la dramatización o la fotografía. Sin embargo, nuestra preocupación se centra en la escritura como medio e instrumento del nacimiento del yo, de la individualidad y del poder personal para hacer de nuestra vida una obra única. Con estas premisas discutimos la aplicación de los métodos autobiográficos en el trabajo social y en la formación de adultos.

PALABRAS CLAVE: metodología autonarrativa, autobiografía, escritura de sí, trabajo social, proyecto DIANOIA

SUMMARY: Autobiography or narration of oneself is currently intervention method, therapy, strategy for empowerment, and research method. In this paper we discuss the way in which autobiography modifies perspectives and looks of the individuals. There are many communicative resources which can be considered as narrations of self, related to oral and written fields as well as drawing, drama or photography. Nevertheless this text is focused on writing as a tool of growth, individuality and empowerment. Lastly we consider the uses of autobiographical methods in social work and lifelong learning.

KEY WORDS: autonarrative methodology, autobiography, writing of yes, social work, project DIANOIA.

¹ Artículo publicado en *Animazione Sociale*, nº 12, diciembre de 2003. Traducción de José González Monteagudo, Universidad de Sevilla. Se incluye en esta revista con autorización de la autora.

Introducción

Hemos asistido y contribuido al éxito de la autobiografía como método de autoformación. Los últimos diez años han visto en Italia un gran esfuerzo de elaboración -teórica, metodológica y técnica- en todas las ciencias del hombre y en direcciones, y con finalidades, diferentes. En el observatorio privilegiado de la *Libera Università dell'Autobiografia*² se evidencia año tras año la difusión como una mancha de aceite, por todo el territorio nacional, de prácticas de escritura de sí mismo, tanto en una perspectiva propiamente educativa como de trabajo social, en prácticamente todos los ámbitos de intervención y con muy diferentes destinatarios, portadores de cuestiones, identidades y problemas igualmente diferentes.

Los ámbitos de la educación y de la relación de ayuda y sus protagonistas- niños, adolescentes, adultos y ancianos, hombres y mujeres, sujetos y grupos de las más dispares procedencias- han visto usar, practicar y explorar de manera improvisada o sistemática alguna forma de trabajo autobiográfico. Ya hemos aprendido a reconocer en la propuesta autobiográfica una vía de conocimiento y cuidado de sí (Demetrio, 1995; Formenti y Gamelli, 1998), una experiencia de educación para la interioridad (Demetrio, 2000), un método de formación (Formenti, 1998). Sobre todo hemos aprendido el valor autoformativo de la escritura de sí como un recorrido “fundado sobre el libre albedrío de *autoindivduar*, *autoconstruir* y *autoevaluar*... en condiciones de autonomía y subjetividad totales” (Demetrio, 1999, p.9).

El prefijo *auto* lo dice todo: la centralidad del sujeto para sí mismo es, desde el inicio hasta el fin, el núcleo del trabajo autobiográfico: constitutivo, imprescindible, indiscutible, pues de otro modo se tergiversa el sentido mismo de la propuesta. En esta vía, hemos descubierto recientemente también *el autoanálisis* (Demetrio, 2003) como ulterior desarrollo de esta radical y voluntaria atención del sujeto a lo que ha sido, lo que es y lo que podría.

Por otra parte, la autobiografía- o, mejor, la narración de sí- es hoy también método de intervención, terapia, estrategia de *empowerment*, método de investigación: La propuesta autobiográfica con frecuencia ha llegado a ser otras cosas, y continúa convirtiéndose en muchas cosas diferentes, hasta el punto de que resulta difícil trazar sus auténticos contornos... Hacer balance resulta, pues, indispensable.

De la formación a la relación de ayuda

En los cursos profesionalizantes- escuelas, cursos de perfeccionamiento, masters para las profesiones educativas, de cuidado, de servicio a las personas- se utiliza

² En 1998, Saverio Tuttino y Duccio Demetrio fundan en Anghiari (Arezzo, Toscana) la “Libera Università dell'Autobiografia”, donde, además de profundizar el estudio de la autobiografía como arte y como método (de conocimiento, de investigación, de intervención, etc.), se celebran cursos, seminarios, laboratorios y, en particular, una escuela bienal de formación.

cada vez más la formación autobiográfica (Formenti, 1998) con la pretensión de iniciar a los futuros profesionales en un saber-ser que se apoya en la toma de conciencia de lo que se ha sido, en función de lo que se quiere llegar a ser; además, esta formación facilita instrumentos y estrategias del cuidado de sí para afrontar las dificultades de un trabajo que implica el contacto cotidiano con el sufrimiento; también ayuda a desarrollar los saberes de tipo más disciplinar a través de una didáctica que no considera ya al curriculum de una manera abstracta y separada de la experiencia de vida y profesional, sino que exige de cada estudiante la apropiación de esta experiencia en una confrontación fecunda entre ideas y experiencias, entre teoría y vida.

Se crea así un efecto en cascada, por el cual quien haya practicado con éxito y satisfacción estos métodos sobre sí mismo, verificando su eficacia, potencialidad y enseñanzas, está fuertemente tentado de volver a proponerlos a su vez en el trabajo social, en la relación de ayuda, en las propuestas de talleres, siguiendo la idea típicamente humana de que lo que funcionado una vez seguirá funcionando.

Sin embargo, esto no es así. O al menos no lo es de una manera automática. Estamos hablando de las diferencias entre las historias que es posible contar y las historias imposibles e indecibles, entre existencias que tienen sentido y existencias que han perdido todo sentido y significado, entre el dolor humano con el cual se puede convivir y un dolor diferente, dis-humano, en el cual quien sufre no sabe sufrir, no siente (ya) las emociones, no experimenta sentimientos, no elabora pensamiento sobre sí mismo. Si no queremos pecar de ingenuidad, debemos reconocer que el paso de la autonarración formativa a la relación de ayuda- y viceversa- es delicado y no carece de riesgos. Requiere reflexividad, estrategia, elecciones metodológicas ponderadas, así como el repensar los presupuestos del trabajo social.

Este texto quiere proponer una reflexión a quien trabaja en el ámbito social y tal vez ha sido ya contagiado por la pasión hacia las historias: Una invitación para interrogar sobre las conexiones entre el trabajo social y la propuesta autobiográfica, haciendo dialogar y confrontar estas dos perspectivas, interrogando sobre las aperturas de su unión, pero sobre todo problematizándola. La atención metodológica debería ayudarnos a explicitar en qué sentido, en qué condiciones y en función de qué objetivos la escritura de sí y otras formas de autonarración podrían formar parte del instrumental del trabajador socio-educativo. En verdad, la pregunta es aún más ambiciosa: No se trata tanto de definir la autobiografía como instrumento, uno entre tantos, sino de preguntarnos cómo el hacer autobiografía puede ser una forma de trabajo completamente diferente que modifica sustancial y sistemáticamente la mirada, cambiando de manera definitiva nuestra perspectiva del trabajo social. “Si deseas ver, aprende cómo actuar”: De acuerdo con el imperativo estético de Heinz Von Foerster, una nueva operatividad crea nuevos modos de ver y de pensar.

No hemos de olvidar que ya tenemos algunos indicios de respuesta: En Italia, la propuesta autobiográfica (en el sector de la pedagogía conocido como “Educación de adultos”) nace como consecuencia de una relectura teórica-metodológica de la edu-

cación misma y de las ciencias del hombre (Demetrio, 1992). Los paradigmas cualitativos (fenomenológico, clínico, interaccionista, sistémico-relacional, constructivista) se convirtieron en posibles referencias, no siempre armonizables, para fundamentar una visión que ponía el acento en la centralidad del sujeto, en la pluralidad e irreductibilidad de los puntos de vista, en la necesidad de comprender los casos humanos y los comportamientos sociales en una perspectiva atribucional e idiográfica, más que en la tradicional perspectiva explicativa y reduccionista de las ciencias nomotéticas.

¿Por qué la escritura?

Las formas comunicativas que podemos considerar “narraciones de sí” son muchas: Desde el relato oral o escrito al dibujo, desde la dramatización a la fotografía, etc. Sin embargo, podría resultar confuso ponerlas todas en el mismo plano, considerándolas en el fondo intercambiables: El medio elegido para (hacer) contar interactúa de manera generativa con las capacidades, propensiones, hábitos del sujeto y con las características del contexto. Ciertas cosas pueden ser dichas –aquí y ahora- con un lenguaje y no con otros. Si hablamos de autobiografía el instrumento elegido es la escritura, por diferentes motivos. Si relatar es típico de todas las culturas, es en la cultura occidental de derivación grecorromana en donde la invención de la conciencia subjetiva ha hecho del contar un contarse, en primera persona singular o tal vez es el contarse el que, junto a muchos otros factores, ha creado de manera progresiva la conciencia (Jaynes, 1976). En este proceso la escritura ha desempeñado un papel importante; la práctica autobiográfica, desarrollada a lo largo de los siglos a través de las sofisticadas tecnologías del yo, ha permitido -a unos pocos elegidos, recordémoslo- refinar y controlar la conciencia de sí.

En otras culturas, épocas históricas y lugares de la tierra, el esfuerzo por dar sentido a la existencia era (y tal vez lo es aún) diferente; en estos casos, la autoconciencia no es contemplada, el contar está mediado en buena medida por símbolos compartidos, con frecuencia estereotipados, por ritos y rituales de la comunidad de pertenencia, por la fuerza de la colectividad. Sólo el hombre occidental ha advertido, en un cierto punto de su camino evolutivo, la necesidad de fijar la experiencia en la escritura, no sólo como una tentativa para vencer la caducidad de la vida, sino para reflejar, comprender y dar sentido y dignificado de cara a los proyectos futuros. Para multiplicar sus posibilidades. Para justificarse, aunque no sólo para ello: disciplinas como el diario personal generan en quien las practican un sentimiento (tal vez pasajero) de quietud, de orden interior, de compasión existencial.

Actualmente estas técnicas son un patrimonio compartido: La escritura ya no es un privilegio de unos pocos y la afirmación de la ciudadanía democrática permite a muchos tener una voz. Y esta tendencia se difunde por todo el planeta, si bien con tiempos y éxitos variables, junto a la tecnología, la ciencia y tantas otras invenciones humanas. También es por esto por lo que no podemos evitar poner la escritura en el centro de nuestro discurso; es el medio y el instrumento del nacimiento del yo, de la

individualidad, del poder personal para hacer de nuestra vida una obra única. Pero es por estas mismas consideraciones por lo que no podemos evitar señalar los riesgos de una identificación demasiado apresurada entre narración y escritura de sí.

Uno de estos riesgos consiste en instituir una jerarquía de valores entre culturas diferentes. La cultura de la escritura- y por tanto la tecnología, la institución, el saber culto, la escuela...- se considera de una manera prejuiciosa por encima de las otras: La cultura de la oralidad, de la ritualidad, del símbolo. Esto no es algo insensato, al menos desde el punto de vista de la emancipación: Para adquirir poder sobre uno mismo, sobre la propia historia, es necesario poder inscribirla en un discurso que posea un valor socialmente reconocido. En efecto, una de las desgracias más graves en nuestra sociedad es ser analfabetos; el sujeto de derecho lo es menos cuando no es capaz de decodificar y codificar mensajes escritos: No será jamás adulto ni ciudadano mientras tenga que depender de algún otro. Por consiguiente, en las prácticas de alfabetización o de acercamiento a una lengua desconocida, la escritura de sí se convierte en un medio significativo de aprendizaje y de *empowerment*, cuestionando una praxis consolidada que tiende a proponer, en el aprendizaje de la lectura-escritura en la edad adulta, sólo discursos “útiles” dirigidos a la supervivencia y a la solución de las necesidades cotidianas.

Otra motivación para privilegiar la escritura respecto de otras modalidades autonarrativas es técnica: Con la escritura se alcanza a decir-hacer cosas específicas e importantes que dejan huellas comprensibles, fácilmente decodificables. Quien lee una página de diario o una autobiografía ha accedido- aunque no en un sentido absoluto y pleno- a los pensamientos, experiencias y emociones del sujeto que la ha escrito. Incluso en su ausencia. Incluso años después de su muerte. Otros lenguajes requieren, en cambio, una mediación, una traducción por parte del autor, una lectura transcultural, si se quiere comprender la intención comunicativa de quien ha contado algo.

En la escritura el autor puede releerse y, por consiguiente, operar sobre su producto como si fuese algo diferente de sí mismo, generando una mirada reflexiva y metacognitiva, que transforma, y re-interpretar lo que ha sido escrito (pero no lo cancela). La doble descripción que deriva de ello es un modo para generar una mirada en profundidad, como nos ha enseñado Gregory Bateson.

Quien escribe de sí o sobre sí, en el momento en que es leído por otros puede plantearse y sentir planteadas algunas preguntas. La interrogación de sí que ya sucede mientras se escribe se vuelve a plantear, pues, en más ocasiones, desde el momento en que se conserva lo escrito y se comparte. La interrogación es múltiple porque procede de puntos de vista diferentes y acaece en planos diversos, en una regresión al infinito. Otros lenguajes no ofrecen esta posibilidad de usar el “yo” ni de multiplicar los “yos”, si no es con algún escamotaje (por ejemplo, un autorretrato puede refigurarse el pintor mismo en el cuadro, mientras pinta un cuadro en el cual se pinta, en cuadro en el cual...).

La escritura abre infinitas vías de sentido. La oralidad tiende a repetirse a sí misma, adopta fórmulas rítmicas convencionales (las grandes narraciones de la anti-

güedad eran transmitidas por vía oral a través de una métrica que permitía la memorización), lugares comunes, recurre a la memoria colectiva para poder dejar una huella que sabe ser muy lábil y local, coloreada por la relación presente y por la mirada de quien escucha. También el lenguaje simbólico requiere que se compartan a priori los símbolos utilizados. Por ello, las narraciones que no hacen uso de la escritura son más rígidas.

Los defensores de los lenguajes sensibles, sin embargo, aquí reaccionarán fuertemente, porque quien haya llevado a cabo experiencias de autonarración con formas expresivas y simbólicas sabe cuán arquetípicas son las simbologías y cuán potente es la comunicación estética. Hemos aprendido a gobernar muy bien ciertas formas comunicativas, para poder ser iniciados en las prácticas creativas, artísticas, corporales y sensoriales que nuestra educación ha penalizado (Mustacchi, 2001).

El proyecto DIANOIA tiene entre sus objetivos el de explorar las sinergias, las diferencias y las complementariedades entre medios narrativos diferentes, para proponer una didáctica reflexiva que no adopta opciones a priori, sino que más bien valora los vínculos y las posibilidades existentes en cualquier contexto formativo, y elige sus medios en una tensión hacia la multiplicación de las miradas y de las posibilidades.

Hemos de recordar siempre que cualquier medio es también una estructura, con vínculos específicos, en la medida en que sitúa al sujeto dentro de una práctica y una operatividad concretas. ¿Qué sucede en la acción de la escritura? Se produce una suspensión del tiempo, se activa un estado separado, concentrado, casi meditativo, la necesidad de escoger las palabras provoca conexiones, asociaciones, razonamientos, a veces resulta necesario superar un bloqueo-el miedo a la página en blanco, el juicio, los hábitos- y lo que parecía un ejercicio banal se convierte en un auténtico rito de iniciación.

Todas estas experiencias son preciosas para la persona y generan bien-estar. La autoestima emerge más lentamente, como producto a largo plazo, como proceso en el cual el autor no sólo demuestra ser competente a la hora de recordar, de contarse y de dar sentido, sino que también se afirma a sí mismo. La escritura de sí es una formidable ocasión para investigar la palabra auténtica, reencontrar la propia subjetividad y la dignidad que nacen del uso de la primera persona. “Yo existo”: el narcisismo primario, bueno, que muchos de nosotros hemos perdido por las culpas y los traumas de la experiencia, resulta reencontrado.

Actualmente se habla mucho de la “confianza de sí”, confundiéndola con la autoestima. La confianza de sí tiene que ver con las realizaciones, es importante y seguramente está entrelazada con la autoestima, pero no de una manera lineal. El objetivo de la autobiografía es la autoestima. Y también forma parte de ésta el reconocimiento de los propios límites o incluso la renuncia a un proyecto para el cual no nos sentimos capacitados o dispuestos. Pero la capacidad para tomar decisiones nace de la libertad adquirida al haber ajustado las cuentas con nuestra propia historia.

Sin embargo, esto sucede cuando el sujeto y la escritura ya se han hecho amigos; de esta forma se sella el pacto autobiográfico. Quien hace trabajo social sabe de largas historias de enemistad entre el sujeto y la escritura. Historias de imposibilidad, de dolor, de desconfianza. En estos casos, la propuesta autobiográfica puede ser insensata, indecente, una provocación, incluso una violencia. Pero saberlo no significa renunciar.

Quien hace trabajo social sabe que incluso el sujeto más enemigo de la escritura raramente renuncia a dejar una traza de sí mismo. Aunque sea en los muros de los suburbios, en la violencia dirigida hacia el propio cuerpo, en el discurso ecológico que no parece comunicar nada al mundo circundante, en las miradas mudas pero insistentes, en la búsqueda de un ritual colectivo en el que anularse como individuo para existir a través del grupo, y por supuesto en todas esas formas de comunicación que la psicopatología define apresuradamente como “síntomas”, y que no son sólo la expresión de un malestar, sino la manifestación, en el lenguaje del cuerpo, de una narración posible, si bien inacabada.

Estamos rodeados de mensajes autonarrativos; también en la web abundan los sitios personales y los chats; la necesidad de contarse se expresa de maneras muy diferentes que hay que comprender y decodificar. Estas consideraciones nos remiten a la esencia del trabajo social, que es ante todo búsqueda de un contacto, de un encuentro, de un lenguaje a compartir, de una posibilidad de apertura. La propuesta autobiográfica se transforma, así, en búsqueda de un recorrido que parte de lo que es, de lo que se presenta en el aquí y en el ahora, re-interpretando las fases del trabajo social en una perspectiva que, favoreciendo la autonarración en diferentes planos, restituye al sujeto su centralidad.

Las fases del trabajo social: entre investigación e intervención

Las fases tradicionales del trabajo social se convierten, para el profesional sa-gaz y formado en los métodos autonarrativos³, en un desafío para releer la propia profesionalidad en un marco diferente. Se trata de renunciar a trabajar para el usuario “que tenemos en la cabeza” e intentar preguntarnos quiénes son esos usuarios –de carne, hueso e historia- que tenemos delante. Porque todavía hay demasiadas personas contadas por otros, que no alcanzan a hablar, a decirse y contarse.

La perspectiva autonarrativa crea múltiples niveles de narración, evidenciables en las diferentes fases del trabajo social:

³ En la Escuela Superior de formación y trabajo social de Nijmegen (socio del proyecto DIA-NOIA), al igual que en otras muchas escuelas del Norte de Europa, los estudiantes deben aprender las técnicas expresivas y creativas relacionadas con el trabajo social y educativo, llevando a cabo durante tres años un trabajo sobre ellos mismos y especializándose a fondo en al menos una de estas técnicas.

- El nivel autonarrativo del sujeto: ¿Qué cuenta, qué dice de sí mismo, de su situación, de la relación con el profesional y con el servicio... pero sobre todo cómo se cuenta, cómo conecta los hechos, qué significados ofrece, qué prioridades, qué tramas?
- El nivel autonarrativo del profesional: ¿Qué/cómo se cuenta el profesional en relación con ese sujeto, dentro de ese contexto? ¿Cómo conecta lo que sabe de sí con su propia historia? ¿Qué prejuicios y resonancias pone en juego?
- El nivel multinarrativo de la colectividad, de la red: ¿Cuáles son las historias colectivas que confluyen y sostienen las narraciones individuales del uno y del otro? ¿Cuáles son los sistemas significativos coimplicados, directa o indirectamente por los relatos?

Si se produce esta atención, los sujetos y los trabajadores sociales evitarán la trampa ingenuamente realista de la historia verdadera, única, que casi siempre es una historia invivible, que hace sufrir, que no permite una vía de salida (“mi vida es así, siempre ha sido así y siempre lo será”), y tendrán un abanico de historias posibles, versiones múltiples de su existencia (Papadopoulos, Byng-Hall, 1997). Estarán llamados a llevar a cabo una opción: elegir cuál/cuáles versiones de la historia llevar adelante.

Pero procedamos por orden. La primera fase del trabajo social generalmente viene definida como identificación de las necesidades y de los problemas, como lectura de la demanda, o incluso como inducción de un deseo, de un compromiso... técnicamente el objetivo de los trabajadores consiste en abrir posibilidades, de manera que se haga posible una relación profesional y tenga sentido una intervención. Esto significa que la intervención se concluirá con un pacto: los actores en juego (incluida la institución) comparten los supuestos de la intervención. A veces resulta necesario, para que exista el pacto, que también se compartan objetivos, itinerarios y métodos... (las fases no son nunca precisas). Si contamos la primera fase en estos términos, resulta evidente que la necesidad (problema, demanda, etc.) nace del encuentro de historias: no existe un problema a priori, objetivable, si no viene contado por alguien a algún otro de una cierta manera. Identificar las necesidades (pero también los deseos) no significa, pues, medir algunas variables en el mundo exterior o algunas características del sujeto en cuestión. Significa llevar a la relación todos los propios pre-supuestos, personales y profesionales. La necesidad es una co-construcción, es el producto del encuentro, no su premisa. Por consiguiente, la autonarración es muy importante de cara al reconocimiento de las necesidades, no sólo como vía de conocimiento/compreensión del sujeto, sino como vía de conocimiento del sujeto-con-ese-trabajador-ense-contexto. Se trata de una globalidad inescindible.

En la fase siguiente, que podemos llamar de profundización, vale el mismo principio: debemos abandonar la perspectiva ingenua de la “recogida de información”, que atribuye a los datos un carácter de verdad. Aquí se enfrentan dos escuelas

de pensamiento, dos tradiciones: una, basada en el análisis, explicación y diseño; otra, basada sobre la co-construcción a lo largo del tiempo de una narración compartida, para la que resulta indispensable la comprensión de las experiencias vividas de los sujetos involucrados y el co-diseño del cambio. Esta proliferación del prefijo *co* indica una visión concertada del conocimiento del otro.

El trabajador es testigo, facilitador, acompañador, incluso guía si es necesario, hacia una solución que siempre tiene un carácter parcial, provisional y que no procede de las alturas. Su competencia es considerable, pero se expresa en modos diferentes respecto del trabajador experto, que sabe y ofrece soluciones.

La competencia más difícil de adquirir y mantener es la de la escucha, la capacidad para dar voz, para con-validar la experiencia existencial del otro. Es imposible hacerlo sin conocer a fondo la propia historia. Conocer la historia (no la historia “verdadera”, sino su narración) es el modo humano de crear relaciones, que se acompaña de otro modo –igualmente importante, aunque más “animal”- que emplea la mirada, el contacto físico, la participación emotiva.

Las fases sucesivas del trabajo derivan de las dos primeras: si el objetivo es compartido, si la definición de la situación es co-construida, la elaboración del proyecto se llevará a cabo coherentemente, así como su desarrollo y evaluación.

Esto excluye el uso de la perspectiva autobiográfica como mero instrumento de recogida de datos, que posteriormente serán empleados desde los despachos de los expertos para proponer intervenciones en los campos social, educativo y de la animación. Ciertamente, se puede hacer y se hace, pero se trata de experiencias que reducen el método a técnica, perdiendo la oportunidad de introducir en el trabajo social una manera de pensar nueva, en ciertos aspectos incluso revolucionaria. Una posibilidad de pensar que el poder del sujeto sobre su propia historia llegue a ser incluso poder sobre el propio cambio. Sin mistificaciones.

Poder y creatividad para el trabajador social

Quienes trabajan en el ámbito de la relación de ayuda -en contacto con grupos sociales marginales o en situación de riesgo, familias en dificultad, redes de servicio no siempre coordinadas en sus intervenciones, en territorios que han perdido el sentido de su historia y de su identidad- están siempre a la búsqueda de nuevos métodos, de instrumentos eficaces, de sugerencias concretas para poder encontrar las soluciones y las propuestas que permitan no sólo ser eficaces y productivos, sino sentirse “potentes y creativos” en vez de “impotentes y deprimidos” (Lebbe-Berrier, 1988). Tal vez es en este marco en el que, en primera instancia, podemos interpretar el éxito de los métodos autonarrativos. Sentirse en un contexto de investigación estimula la curiosidad, favorece la reflexión, agudiza la atención. Muchos profesionales que hemos encontrado en los últimos años han hallado en estas propuestas una posibilidad de crecimiento profesional y personal.

La propuesta autobiográfica es un antídoto ante el *burn-out* (Formenti, 2000). Cualquier profesional conoce bien los riesgos: el encuentro cotidiano con la alineación, la desviación, el fracaso social, generan en el profesional una movilización de energías muy fuerte, una gran motivación para hacer algo, que sin embargo con frecuencia se viene abajo ante el fracaso, la confusión y la dificultad. Estas oscilaciones de estados de ánimo influyen la experiencia del trabajo social y en los peores casos inciden no sólo sobre la motivación del trabajador, sino sobre su capacidad de aprender, que se encorseta en una práctica prefijada, irreflexiva y rígida. El problema, típicamente cognitivo, exige una educación del/para el pensamiento. De hecho, como muchos de sus usuarios, con frecuencia los profesionales viven las derivas del pensamiento *instantáneo*, caracterizado por:

“tendencia a permitir que se formen lagunas en la conciencia; indiferencia por el logro de una exacta y completa comprensión de situaciones y relaciones; pasividad; elección de respuestas sobre la base de pocos indicios; incapacidad para evaluar los problemas desde un punto de vista objetivo; interferencia de emociones y opiniones subjetivas; atribución de escaso valor a la consecución de la solución de los problemas; atención al resultado inmediato más bien que al proceso...” (Schettini, 1998, p. 71).

La vía de la autonarración crea una zona fecunda de pensamiento y de pensabilidad. Lo que propone no es una receta, sino una investigación, y el espíritu de investigación contagia al trabajador a través de tres descubrimientos importantes:

- El primer descubrimiento es el de tener una historia, en la que se enraízan sus saberes, incluidos los profesionales. El operador experto es consciente de ser el principal instrumento de la relación de ayuda. No hay técnica que resista: cuando se está en (inter)acción, es la persona la que entra en juego, no el rol o el método aprendido. Reconstruir la historia personal y profesional significa llevar a cabo el mantenimiento ordinario y extraordinario de este instrumento educativo y curativo que somos nosotros. Después llega a ser en cierta medida un automatismo: ante una dificultad, un nuevo proyecto, un nuevo encuentro, la pregunta que surge es: “¿cómo me sitúo yo aquí con mi historia?”.
- El segundo descubrimiento, que puede producir incluso la maravilla o el estupor, son las extraordinarias historias de los usuarios: una persona que se cuenta desvela experiencias vividas, expectativas, conocimientos, competencias, posibilidades no expresadas... en resumen, desvela mucho de sí, y mucho más interconectado, con relación a los esquemas reduccionistas a que nos han habituado cuestionarios, tests, protocolos definidos a priori. No se pretende demonizar lo que probablemente sigue siendo útil para tratar con los grandes números; sólo se pretende recordar que el niño, el extranjero, el adulto que encontramos es ante todo un sujeto íntegro que piensa, respira, siente, sufre, vive y da sentido a su vida. Un sentido a veces francamente

difícil de comprender, pero justamente por eso vale pena. Y esto sólo las historias nos lo restituye en su integridad.

- El tercer y tal vez más importante descubrimiento se refiere a la esencia de la relación, del contarse en una relación: es el descubrimiento de las resonancias. Esta analogía fundamental que une al usuario con el trabajador, la familia del usuario con la familia del trabajador, y de igual modo los acontecimientos vitales, las emociones, las experiencias de los roles sociales, las pertenencias culturales, esto tiene un papel importante en toda relación de ayuda. Durante demasiado tiempo se ha aceptado el presupuesto según el cual sería posible crear una relación “neutra” con los usuarios. El profesional imperturbable y objetivo, que se defiende de la relación en nombre de una praxis preestablecida, ya no debería de existir. Demasiados prejuicios, demasiadas heridas se han generado de estas prácticas insensibles.

Las autonarraciones infunden sensibilidad en las prácticas de intervención social, sanitaria, asistencial; ciertamente esto ha de llevarse a cabo controlando el aspecto metodológico, atendiendo de manera reflexiva los presupuestos, aumentando las competencias comunicativas, de restitución, de validación; de otro modo, se corre el riesgo de dar un paso hacia atrás, refugiándonos ilusoriamente en la idea ingenua de que resulta suficiente un poco de escucha y una palmada en la espalda. Las prácticas autonarrativas son más difíciles, requieren mayor rigor conceptual, mayor conciencia, respecto de la tecnología ingenieril del trabajo social.

Las prácticas narrativas conducen también a un replanteamiento de los servicios. Nuestros servicios para la persona tienen una probabilidad muy elevada de generar fenómenos de exclusión, al convertir en invisible e inaccesible justamente a quien tiene más necesidades. La elevada burocratización, la división rígida de los roles, la creciente tecnificación de las intervenciones, crean imposibilidad e incapacidad de escuchar, alejando a los usuarios “difíciles”, que en realidad no serían tan difíciles con modalidades de acogida diferentes. La puesta a punto, en algunos ámbitos institucionales, de espacios informales para contar y contarse, espacios cuidadosamente pensados y proyectados en su “naturalidad”, en su capacidad de transmitir mensajes y favorecer encuentros, muestra lo diferente que puede ser el impacto de un servicio estructurado sobre la base de la escucha.

La idea de que debemos y podemos “bajar el umbral” de los servicios, más que crear nuevos servicios “de bajo umbral” (¿y de baja prestación?), se sirve de los métodos autonarrativos como cabeza de puente, algunas veces como un auténtico caballo de Troya para reencontrar el gusto de la innovación, de la investigación de buenas prácticas. En los consultores familiares, por ejemplo, volver a recoger historias, de las profesionales y de los usuarios, hacer hablar a las mujeres sobre sus experiencias, ha permitido en algunos casos recuperar el sentido de la existencia misma de esos servicios, nacidos para ser ámbitos de cura educativa, antes incluso que sanitaria o social (Bestetti, 2000). Si la ocasión nace de la presencia de una nueva gama de usuarios que

“crean problemas” (en este caso, las mujeres extranjeras), entonces se convierte en un motivo de más para interrogarse sobre el papel potencial de las “otras historias” para generar el cambio.

Un razonamiento análogo vale para las situaciones multiproblemáticas: allá donde más servicios y profesionales son cuestionados, la historia del usuario “contada por sí mismo” se convierte en un elemento unificador, clarificador, útil para la coordinación de los actos técnicos y de los roles profesionales, que de otro modo corren el riesgo de perderse en el conflicto de los puntos de vista, en la imposibilidad de encontrar una historia unificadora. Los trabajadores que recogen las autonarraciones de los usuarios llegan a ser, en este punto, elementos indispensables para el equipo, para la red de los servicios, para los que deben decidir el futuro de los usuarios. De una manera provocadora podríamos decir que, más allá de su papel institucional, los “recogehistorias” (con frecuencia, los trabajadores menos reconocidos y más cercanos a los usuarios) tienen una gran vocación para la coordinación de los casos (lo quieran o no los burócratas).

La importancia del prójimo

¿Quién es el prójimo? Más allá del dicho evangélico, en una lectura completamente laica, como en el último Ricoeur (2003), el prójimo, ése o ésa que nos resulta cercano, que nos conoce, que comparte nuestras memorias, aunque sea en una pequeñísima parte, es un aliado importante en el trabajo social. Ciertamente, el trabajador perspicaz también pretende llegar a ser el “prójimo” del usuario, pero no puede hacerlo a cargo de quien ya forma parte de la red social, familiar, de amistades de su asistido. Y esto, en el enfoque narrativo, puede significar una sola cosa: que además de la historia del sujeto son importantes –en algunos casos prioritarias– las historias de los que están en torno al usuario. ¿Cómo es contado el sujeto por los otros, por las personas que ya lo conocían, por los cuidadores, por los compañeros de aventuras y desventuras, por los seres amados/no amados, por los profesionales que lo han encontrado y que continúan encontrándolo para trabajar con él o con ella?

No olvidemos que nuestras narraciones contienen fragmentos de todas esas historias: es importante tomarlas en consideración, desenredar sus incongruencias, los prejuicios no expresados, las trampas. Gracias a estas confrontaciones será posible transformar las historias recibidas en historias dignas de ser vividas, autodirigidas, reelaboradas, elegidas. Podemos decidir qué historia ponernos sólo si el abanico de las posibilidades está bien claro ante nosotros, como diferentes vestidos a elegir en un armario, pero sólo podremos elegir de verdad cuando cada una de estas posibilidades haya sido expresada, examinada, discutida. Y tal vez arrinconada.

La preparación de nuevas ediciones de las historias familiares, por ejemplo, es crucial para desarrollar un sentido de sí autónomo, para liberarse del destino familiar, que de otro modo continúa trabajando dentro de nosotros durante toda la vida. De

manera similar, reencontrar en nuestra existencia las relaciones significativas, educativas, afectivas, nos ayuda a comprender que algunas partes de nosotros nos han sido atribuidas por alguien.

Trabajar con el prójimo significa, pues, inventar de manera creativa nuevos dispositivos, ambientes, laboratorios, en los cuales implicar activamente a toda la red social, los cuidadores, los voluntarios, los trabajadores, en itinerarios de autonarración individual y colectiva, en los cuales se reduce la distancia y la diferencia de rol entre el usuario, el enfermo, el extranjero, el anciano, el familiar, el voluntario, el profesional. Significa experimentar contextos en los cuales es posible contar y recordar juntos, todos en el mismo plano, sin por ello renunciar al rol o perder en profesionalidad, sino en el reconocimiento recíproco como seres humanos, hacer que las memorias personales se conviertan en un recurso compartido⁴.

Trabajar con el prójimo significa trabajar sobre la banal potencia de la convivencia. Como dice J.L. Lemaire, guru de la “clínica de la concertación”, hay un potencial terapéutico en la “gente que come junta”. Compartir el pan y los relatos es una práctica antigua, pero –como todos hemos experimentado– muy eficaz.

Un desafío radical para la propia historia

Hay aspectos de la práctica autobiográfica que, como hemos visto, tienen el poder de activar los recursos del trabajador. Estos aspectos tienen que ver con la capacidad de las historias para provocar, en quien las cuenta y en quien las escucha, un abanico de posibilidades y de posicionamientos cognitivo-emotivos que van de la compasión a la comprensión, del reconocimiento a la aceptación, de la reflexión a la meta-cognición, de la explicación a la transformación... Son pasos que contribuyen a la co-construcción de sentido y de significado necesarios no sólo para la convivencia humana en general, sino indispensables para cualquier proyecto de cura, de apoyo, de reeducación.

En el contar (de sí mismo, de nosotros) inevitablemente hay un componente de cuidado: cuidado de las palabras, cuidado de los silencios, cuidado de la escucha, cuidado del sentido; de otra forma, el contar cesa, se vacía, se convierte en un *pour parler*. Trabajar con las historias requiere por parte del profesional una especial atención hacia el contexto y la relación en curso. Una atención que no hay que dar por presupuesta, sino que se va conquistando minuto a minuto, en tiempo real. El objetivo de obtener por parte de un sujeto o de un grupo fragmentos de relatos nos hace creativos, nos lleva a investigar las mejores condiciones, a perseguir la calidad del gesto,

⁴ Un ejemplo iluminador de este trabajo está en los grupos mixtos para enfermos de Alzheimer (Bruce, Hodson, Schweitzer, 1999). Otro ejemplo significativo se refiere a los laboratorios para familias multiproblemáticas propuestos por el Marlborough Family Service de Londres (Asen, Dawson, McHugh, 2001). Véase también Papadopoulos, Byng-Hall, 1999.

de la pregunta a plantear, de la tarea narrativa a proponer. Los fallos son útiles papeles tornasolados, nos dicen mucho de la relación en curso.

El operador (auto)biográfico es, pues, estratégico, pero de una manera no manipulatoria, porque no tiene como objetivo el cambio del otro. El objetivo consiste en hacer que el otro acceda a su historia, y el único modo para obtenerlo es conseguir que le importe algo contarla. ¿Cómo hace –en efecto- una persona para conocer su propia historia si no la cuenta a alguien? El objetivo es, pues, la historia por la historia. No se trata de una afirmación baladí. Aquí está en juego el concepto mismo de cambio y si hay un concepto que cualifica el trabajo social, es el de cambio: se interviene para que las personas cambien actitudes, comportamientos, relaciones, para que salgan del malestar, para que proyecten la propia vida, para que estén mejor en familia, para que encuentren un trabajo, una casa. O simplemente para que encuentren un relativo bien-estar. Estamos diciendo que estos objetivos pasan a un segundo plano. La historia pasa al primer plano. ¿Qué es el cambio, pues, desde el punto de vista narrativo? Tal vez el vínculo más revolucionario en la unión de la propuesta autobiográfica con el trabajo social es justamente esta problematización del cambio, y sobre todo de los modos para generarlo.

El cambio desde el punto de vista narrativo

Si hay una palabra ambigua y polisémica, ésta es justamente la de cambio: en el trabajo educativo se trabaja por el cambio, pero también en el trabajo social el objetivo es idéntico, y naturalmente no hay terapeuta o psicoterapeuta que no afirme lo mismo respecto de sus objetivos. Así pues, ¿de qué cambio estamos hablando?

El cambio es siempre un cambio contado. No se puede medir, objetivar, o mejor, cualquier medida será realizada por alguien- un observador, un medidor acreditado- que pertenece a una comunidad y comparte los supuestos de ésta. El sentido y el significado de cualquier medida de cambio varían según los sujetos y las comunidades de referencia. Esto no es un relativismo radical, ni tampoco se quiere afirmar que todo vale, ni que la lectura del cambio sea un hecho subjetivo. Más bien se afirma lo contrario, esto es, que un relato del cambio no es válido si no es con-validado. La “comunidad” referida más arriba es una comunidad científica, profesional, institucional, social, familiar... que concede valor de verdad a ciertos relatos y no a otros.

En la perspectiva autobiográfica estas consideraciones no son marginales: el sujeto es invitado a contar por sí y para sí, pero con la conciencia de que su historia no se va desarrollar en el vacío social. Debe existir una con-validación, y con este fin se usan, en el enfoque autonarrativo, diferentes estrategias: la escucha por parte de otro (por ejemplo, el profesional) que cree en la historia contada, la lectura cruzada de las historias entre sujetos del mismo nivel (como sucede en los grupos de ayuda mutua, en los cuales se oyen historias únicas pero también similares, historias que nos hacen un poco menos diferentes), el trabajo sobre las historias colectivas (por ejemplo, cuan-

do se trabaja en colaboración para construir una historia de familia, de comunidad, de un grupo o de una institución).

Entre las historias de cambio, son particularmente importantes las contadas por los usuarios sobre la relación de ayuda. Historias que instituyen una reciprocidad entre los sujetos que narran. Son historias preciosas porque para desarrollar mayor conciencia respecto a la intervención los trabajadores necesitan conocer más profundamente las experiencias vividas por los usuarios en las diferentes fases del proceso. Como escribe David Campbell: “Tengo necesidad de ocuparme menos de mis ideas y más de las ideas de los asistidos” (Campbell, 1999, p. 17). Asistente y asistido crean juntos una historia en torno a su relación, una historia que contiene ambos puntos de vista y los con-valida.

Este modo de trabajar echa por tierra ciertas costumbres bien asentadas. Tradicionalmente, quien trabaja en el campo socio-educativo considera que debe observar a los usuarios de una manera imparcial y objetiva, o en el mejor de los casos que debe indagar sobre su historia incluso con métodos narrativos e implicativos, pero con una finalidad valorativa. Estas operaciones sirven para recoger elementos que permitirán (al profesional) conceptualizar su propio rol, (al profesional) proyectar una intervención, (al profesional) proponer un proceso de cambio.

En una óptica narrativa y constructivista, este comportamiento parece irresponsable, en la medida en que literalmente no asume la responsabilidad del espectador hacia aquello que observa, hacia la historia que solicita, hacia los procedimientos que le hacen considerar esa narración más o menos interesante, atendible, útil, sensata. Desde el principio, el profesional está comprometido en la historia que le es contada. Los contenidos y las modalidades del relato están, de hecho, estrechamente conectados a ese encuentro, a la recíproca atribución de identidad, al contexto institucional, a las expectativas, etc.

El mismo usuario se cuenta de manera diferente ante trabajadores diferentes, como todos hemos podido comprobar tarde o temprano. Si el usuario, o el grupo de usuarios, tuviese un diario durante toda la duración de un proyecto de intervención, si pudiese confrontar la “historia oficial”, esa que emerge de los papeles, de los informes, de las actas, y esa “singular” que subraya lo vivido (“en ese momento me sentí...”), las emociones, pero también los aprendizajes (“he comprendido que...”), las decisiones, las lagunas (“habría querido decir...”, “no me han pedido...”) y la lectura de los cambios (“ha cambiado... no ha cambiado...”). Si el usuario o el grupo de usuarios escribiese la propia historia se podría pedir que la rescribiese una vez concluido el proyecto, para comprender qué ha cambiado, no de los parámetros objetivables, sino de las transformaciones en el modo de contarse, y tal vez en el modo de vivirse y de relacionarse.

También la evaluación y la monitorización pueden servirse de la modalidad autonarrativa. Las historias ayudan también a comprender que el cambio deseable no es siempre el más inmediato o el más visible. Ciertamente, el cambio en las condiciones materiales de vida (trabajo, casa, relaciones, cuidado personal...) no es necesario, es

el substrato de nuestro bienestar, pero no es ni la causa determinante ni la razón por la cual se transforma un ser humano. La perspectiva autonarrativa desafía nuestras concepciones del cambio, porque insinúa en nosotros la sospecha de que el bien-estar tan buscado tal vez tenga características de gratuidad, inutilidad, ligereza, lentitud, complejidad... Por tanto, no puede ser perseguido de manera directa, sino siempre y sólo de manera indirecta, provisional, transversal.

Secretos y mentiras

Hemos intentado explicitar una metodología. Un modo para transformar los fragmentos de historias que inevitablemente emergen en el encuentro con el otro, con los grupos humanos, con las comunidades, en algo que vaya más allá de emergencias ocasionales. Un modo para subjetivar y por tanto transformar radicalmente las historias reconstruidas, interpretadas, frecuentemente recibidas bajo la forma de escrituras institucionales (dossier, informes, balances, investigaciones, actas...) decididamente no narrativas, en las cuales se pierden el sentido y los significados. Sin embargo, hemos dicho que existen límites y riesgos.

El contexto del trabajo social transforma y vincula las prácticas de autonarración. Los sujetos saben qué decir y dar a entender a los profesionales; temen –y con razón– los abusos. Por tanto callan, tergiversan, deforman sus relatos para que sean aceptables (Bretón, 2000). También el proyecto con frecuencia es un proyecto “social”, concebido “a pesar de sí mismo” (Bonvalot, 1997). Secretos y mentiras son estrategias de respuesta.

El mandato del trabajo social, que es también mandato de control, de limitación, de normalización del otro según criterios institucionales, condiciona todas las prácticas, las condiciones, los objetivos de uso de las autonarraciones, de las historias de vida o autobiografías. Tergiversa su sentido. El riesgo de mistificación está siempre presente, detrás de la esquina, más allá del umbral de la conciencia.

Si la propuesta autonarrativa quiere ser coherente, las relaciones de poder deben ser tomadas en serio, al igual que los mandatos institucionales. Demasiados trabajadores parecen actuar inconscientemente en relación con las reglas de juego, sin un análisis del contexto, que es, ante todo, análisis de las relaciones de poder y de los vínculos. A veces, se trata de hacer comprender a las personas que hemos interiorizado las reglas de juego. Otras veces, se trata de en qué medida el rechazo de las reglas del juego pone a las personas en dificultad.

Las prácticas narrativas se plantean siempre una pregunta preliminar: ¿para qué y a quién sirve? Si las condiciones de partida son muy vinculantes, en el límite de la intervención impuesta, ¿cuál es la posibilidad de transformar esta situación en una experiencia de autonomía? Lo mínimo que se puede hacer es un contrato claro: pedir a las personas que se adhieran sobre la base de un conocimiento real de los objetivos y de las modalidades técnicas y deontológicas (Lainé, 1998). La ausencia de contrato es

indicio de manipulación: “No decir qué se busca, qué se quiere, qué se desea” (Bretón, 2000) es un acto de poder sobre la vida del otro.

En el trabajo autobiográfico se insiste mucho sobre la libre adhesión, pero cuando se está en un marco institucional, ésta no es jamás algo que se dé por descontado: necesitamos asegurarnos de que no existen presiones coercitivas, al menos directas (Legrand, 1993). Hace falta el principio del consentimiento informado: el interés y la utilidad de la propuesta se presentan en la fase inicial, aún sabiendo que a veces las personas “no pueden decir que no”. Sin embargo, los riesgos del “voluntariado de fachada”, de la seducción, de la confabulación (tendencia a complacer al profesional, a confirmar sus hipótesis y sus interpretaciones) no anulan el espacio del trabajo potencial. Deben ser tomados en cuenta. Comunicados, pensados de manera creativa.

Otro riesgo, diferente, es el de encontrar el límite lúbil entre sufrimiento social y sufrimiento físico: el relato de sí invita al sujeto a expresar su mal-estar en todas sus dimensiones. ¿Qué hacer cuando nos damos cuenta de que el dolor contado es tan grande, o mejor, es diferente, lleva más allá respecto del mandato social, y las competencias del trabajador no son las requeridas? Ciertamente, siempre existe la posibilidad de un envío a otros (el psiquiatra, el psicoterapeuta)... Pero la cuestión es delicada. ¿La clausura del resquicio creado con la narración no devolverá a ese sujeto a su silencio sin palabras? ¿O tal vez no necesitará asegurarse de que esa narración, o parte de ella, y seguramente las razones de esa relación, sean comunicadas, compartidas, co-proyectadas con el profesional que se ocupará del “caso”? Con demasiada frecuencia, el envío es tratado como un paquete postal, sin pensar en “qué fin tiene la historia contada”.

Como ilustra muy bien Breton (2000) en un análisis de caso, el acompañamiento del trabajador- de cualquier trabajador- hacia la atribución de sentido, hacia la apropiación de los significados del relato, hacia la toma de decisiones y el proyecto, es preciosa. No se puede, en un enfoque autonarrativo, tirar demasiado rápidamente la toalla; por tanto es necesario estar muy bien preparados. Por esto, no basta reconstruir juntos la historia. Hace falta analizar juntos y a fondo las estrategias que el sujeto ha puesto en acción para afrontar el sufrimiento, el trauma, el vacío. Sus representaciones, sentimientos, acciones, elecciones, posicionamientos, síntomas, forman parte de estas estrategias. Han llegado a ser programas de supervivencia que se instalan automáticamente cada vez que el sujeto está en dificultad, que es amenazado. Después, es necesario mirar hacia el futuro: ¿Qué quiere hacer el sujeto con la historia que ha contado?, ¿Cómo pretende seguir adelante? Y, finalmente, es importante, como hemos visto, que la narración sea con-validada por los “prójimos”, por alguien que represente el sistema de referencia vital (padres, familiares, vecinos...). Porque la con-validación existencial es para muchos, para todos, el primer peldaño desde el cual volver a empezar.

Conclusiones

Hemos intentado poner orden en el “bricolaje” del trabajo autonarrativo. Hemos subrayado los desafíos a la hora de trabajar con las historias duras, difíciles,

impensables. Al hacerlo ha emergido la potencialidad autonarrativa del propio trabajo social: un modo de contarse diferente, que fija la mirada en aspectos y prácticas que a veces son considerados marginales, secundarios, un lujo para pocos. La urgencia, la necesidad de dar respuestas concretas, cancelan cualquier posibilidad de comprensión.

Ciertamente no hemos trazado un método definitivo; la recogida de historias continuará siendo un bricolaje, porque en cada ocasión debemos arreglárnoslas con los medios a disposición: un conjunto finito de instrumentos y de materiales diversos, heterogéneos, dispersos. Sin embargo, se ha señalado un camino. Combinar prácticas narrativas y prácticas reflexivas, escucha y estrategia, hace posible- al trabajador y al sujeto, juntos- conectar los instrumentos y los materiales en un conjunto sensato, que aleja de la práctica profesional sus más graves riesgos: la impersonalidad, la estandarización, la normatividad, la ausencia de pensamiento y de creatividad.